

EL SECRETO DE LA CUEVA



Elena Sant Iago

Capítulo 1

—¡Ya veo Tíjola!— gritó Nora, entusiasmada.

—¡Ah! ¡Yo también!— exclamó Valentina, pegando saltos desde su asiento.

Sus padres se rieron, contentos de ver que el trayecto parecía llegar a su final. Habían salido después de comer y tras cuatro horas de viaje, ya se sentían algo cansados.

Se trataba de una visita bastante especial. Iban a conocer a la familia del novio de Nora. Los jóvenes se habían conocido en la universidad, se habían enamorado y después de dos años habían decidido casarse. Sin embargo, ninguno de los dos había tenido la oportunidad de conocer a la familia del otro, y viendo que sólo faltaban tres meses para la fecha de la boda, los padres de él invitaron a los padres y a las hermanas de ella, a pasar el fin de semana en su casa.

Nora era la mayor de las hermanas. Siempre había sido una muchacha responsable, y como tal, había resultado una buena estudiante, sacando la carrera con calificaciones muy notables. La pequeña Valentina, que por entonces contaba nueve años, era una niña muy abierta y algo traviesa.

Y entre una y otra estaba Águeda. Ésta era la menos sociable de la familia. Nunca le habían interesado realmente los estudios, y cuando terminó la educación obligatoria, se puso a trabajar con su padre en el vivero de su propiedad. Solía pasar las horas cuidando y mimando las plantas, a las que hablaba como si se trataran de sus mejores amigas. De hecho, apenas tenía amigos, pues no le interesaban casi nunca los temas de conversación de los chicos y chicas de su edad. Le gustaba pasear sola por los jardines, o llevarse un libro para leer tranquilamente sentada en algún banco del parque o sobre la hierba. Muchas veces se quedaba ensimismada observando el vuelo de las aves, o las nubes empujadas por el viento.

Águeda era la única a la que este viaje no le había producido ningún entusiasmo. Acompañaba a su familia, porque no le quedaba otro remedio. No tenía nada en contra de su hermana, de su novio o de su relación, pero aun así, no veía la necesidad de tener que hacer esas presentaciones.

Cuando llegaron los viajeros, los anfitriones les recibieron con una calurosa bienvenida. Después de un agradable refrigerio, salieron a dar una vuelta por el pueblo para enseñárselo. La familia de Julián, el novio de Nora, constaba de sus padres, él y su hermano Miguel, que era un año mayor que Valentina, y con la que enseguida congenió. De hecho, entre las dos familias surgió una simpatía que auguraba un buen futuro a la joven pareja. Sólo Águeda permanecía callada, algo apartada de los demás.

Para el día siguiente, Julián propuso hacer una excursión de medio día a la Cerrá, un paraje inigualable en los alrededores de Tíjola. Además les enseñaría la “Cueva de la Paloma”, en la que la leyenda contaba que había un tesoro escondido. Los padres prefirieron llevar a cabo otros planes, así que finalmente irían la pareja y sus hermanos.

Capítulo 2

Por la mañana, después de desayunar, Águeda fue al dormitorio que había compartido con su hermana pequeña, para coger una pequeña mochila en la que metió algunas cosas por si se bañaba en el río, una linterna, y un libro guardado en una bolsa.

Mientras se ataba los cordones de las botas, escuchó por la ventana a Julián hablar con alguien. Al principio no prestó atención, pero en un momento dado se quedó escuchándolos.

—¡Julián, sabes que estoy muy liado, tengo el examen el martes! ¡Lo siento pero no te puedo ayudar! — dijo un joven que le acompañaba.

—¡Venga ya, hombre!— exclamó Julián, algo apurado— Contaba con que iríamos todos, y pensaba apartarme con Nora en algún momento, para estar a solas un rato con ella. Pero como no vienen nuestros padres, no puedo dejar a mi hermano con las hermanas de Nora solos. Es demasiado arriesgado... ¡Y únicamente van a estar aquí hasta mañana! ¡No voy a poder ver a Nora hasta dentro de otras tres semanas!... ¡Hazme este favor, hermano!... Llevas toda la semana estudiando, ¿por qué no te relajas un poco? ¡Te vendrá bien!... ¡Además, sólo es hasta mediodía!

—¡Bufff!— resopló su amigo, haciendo un silencio, mientras pensaba.

—¡Venga, Ricardo! ¡Échame una mano, hombre!— insistió Julián.

—¡En fin!... ¡Está bien! ¡Tú ganas! ¡Lo haré!— accedió, finalmente, el otro joven.

—¡Gracias hermano! ¡Te lo debo!

—¡Ya, bueno!... Entonces, me has dicho que se trata de Miguel y dos niñas, ¿no?

—Bueno, no exactamente. Una de las hermanas de Nora tiene, creo que veinte años, y la otra nueve

—¿Veinte años?— repitió el amigo, en un tono que mostraba estar molesto— ¡Pero bueno, creí que se trataba de niños! ¡Esa chica ya está bastante crecida como para encargarse de su hermana!, ¿no?

—Sí. Pero no la podemos dejar sola con los críos en medio de la Cerrá, sin conocer el sitio.

—¡Lo que me faltaba!— exclamó el joven, con disgusto— ¡Ahora encima tengo que hacer de niñera de una chica de veinte años!

—¡Venga ya, que no es para tanto! ¡Además, a lo mejor va y te gusta!— dijo Julián, riéndose.

—¡No vayas por ahí, que te quedas tú con ellos, ¿eh?!— le advirtió el otro joven, mostrando su mal humor— ¡No necesito que me busques novia, que de eso ya me encargaré yo!

—¡Vale, vale!— respondió Julián, queriendo calmarlo — ¡Bueno, venga, te voy a presentar a mi novia y a su familia! ¡Ya verás qué guapa es Nora!

Águeda se quedó pensando en la conversación de los dos jóvenes: *“¡Qué chico más estúpido! ¡Y el novio de mi hermana debe de ser tonto! ¿Por qué no ha dicho claramente que se quiere ir con Nora a pasar el día, en vez de hacer ver que nos quiere llevar de excursión y luego me endilga a un idiota, al que voy a tener que soportar? Pues por mí, no va a ser. Voy a decirles que no vamos a la excursión, y ya haremos otra cosa*

Valentina y yo.”

Así que se fue directamente en busca de los mayores para hablarles de su cambio de planes. Pero cuando llegó hasta ellos, ya estaban allí Julián y su amigo.

Águeda le echó un vistazo rápido y con curiosidad al otro joven. Sorprendentemente, le pareció que tenía un aspecto agradable, y una expresión gentil. Pero entonces vio que éste la miró a ella, y como se dio cuenta de que él también la estaba examinando, la muchacha recordó la conversación anterior, y después de unos segundos, desvió su mirada haciendo un gesto despectivo.

Julián acababa de presentar a su amigo Ricardo, a Nora y a sus padres, y estaba contando que iban a ir juntos a la excursión. Entonces Águeda quiso intervenir:

—Papá, mamá, yo creo que lo de la excursión no merece la pena. Seguramente que hay más cosas que ver en Tíjola. Así que los niños y yo iremos con vosotros y mejor dejamos a Nora y a Julián que se vayan solos a donde quieran.

—¡No!— protestó Valentina —¡Yo quiero ver la cueva del tesoro!

—¡Sí!— exclamó Miguel —Es mucho más divertida la excursión. Además nos vamos a bañar y os vamos a enseñar unos sitios muy chulos, ¿a que sí Julián?

—¡Claro!— respondió su hermano —¿Es que no te apetece venir, Águeda?

—Pues la verdad es que no— contestó la joven.

Todos la miraron sorprendidos.

—¡Águeda! — le llamó la atención su padre —¿Qué tonterías estás diciendo? ¡Claro que te apetece! Siempre has preferido la naturaleza, a la ciudad, ¡no me vengas ahora con ésas!

La joven se quedó pensando que tal vez había molestado a los demás y estaba bastante claro que no iba a poder llevar a cabo su plan. Así que no le quedó otra, que asentir y aceptar. Entonces volvió a mirar al amigo de Julián y vio que éste la observaba con más detenimiento y esto la molestó enormemente.

Capítulo 3

Quince minutos más tarde la expedición partía en busca de aventuras. Águeda procuró ir detrás del grupo, en soledad, dejando a Nora caminar al lado de Julián y a los dos niños con Ricardo. Sin embargo, éste volvía la cabeza para mirarla de vez en cuando.

Al cabo de un buen rato, el joven dejó a los pequeños siguiendo a la pareja de novios, y él se detuvo a esperar a Águeda. Ésta se dio cuenta y se paró también antes de llegar a su lado, mirándolo con un gesto a la defensiva.

—¿Quieres algo?— le preguntó ella con cierta sequedad.

—Te estoy esperando.— respondió Ricardo, algo confuso por las maneras de la muchacha.

—¿Por qué?— dijo ella, con la misma sequedad.

—Para que no vayas sola.— contestó él, con creciente asombro por el tono de ella.

—No te molestes. No te necesito.— dijo Águeda, y siguió caminando, pasando por el lado del joven, que la miraba extrañado.

—No he dicho nada de eso. Sólo estaba esperando por cortesía.— aclaró él, echando a andar y poniéndose a su izquierda.

—Tampoco necesito tu cortesía. Puedes pasar de mí. Ya estoy bastante crecida como para cuidarme yo sola y por supuesto para hacerme cargo de mi hermanita y de Miguel.— respondió ella, rememorando las palabras que le había escuchado decir una hora antes, a través de la ventana de su dormitorio.

El joven se quedó pensativo y luego le dijo:

—Está bien. Como quieras.

Y aceleró el paso para unirse a los niños.

Después de un buen rato andando junto al curso del río, los niños, que iban jugando muy contentos con Ricardo, se pararon a recoger algunas moras. Águeda se esperó un poco, y cuando ellos prosiguieron la marcha, se acercó a los zarzales para coger también una ración de frutos. Como había muchas moras, sacó la bolsa en la que guardaba el libro, y allí metió algunas para más tarde. Luego aligeró el paso para no perder de vista a los demás.

El recorrido era muy bonito y, en algunos momentos, algo dificultoso, pero Águeda que ya iba más pegada a los demás, logró sortear todos los obstáculos. Hasta que llegaron a una cascada a la que llamaban “la Fuente del Huevo”. Allí se detuvieron para bañarse. La joven prefirió no meterse en al agua y se quedó fuera, sentada sobre una piedra, leyendo su libro, mientras los demás se bañaban entre gritos de júbilo y juegos.

Poco después Nora se acercó a su hermana y le preguntó por qué estaba siendo tan arisca con Julián y con Ricardo. Ella le contó la conversación que escuchó desde su dormitorio entre los dos amigos. Su hermana pareció comprender la razón del malestar de Águeda. Pero aunque ésta le pidió a Nora que no les dijese nada a ellos, la joven hizo todo lo contrario. De manera que al cabo de un rato, Ricardo se acercó a ella para hablarle:

—Águeda, quiero pedirte disculpas por lo que le dije esta mañana a Julián. No te conozco y no tenía derecho a hablar de ti de esa forma. Me pilló un poco apurado de tiempo y, ¡por qué no decirlo!, tampoco tenía ganas, y me desahugué hablando de esa manera. Lo siento mucho.

La joven, muy al contrario de contentarse por las disculpas, se sintió más cohibida porque comprendió que él y Julián se habían dado cuenta de que ella los había estado escuchando. Además, a la vergüenza se unió el enfado porque su hermana la había delatado. Quizás con buenas intenciones, pero la había dejado en muy mal lugar. Al menos eso pensaba ella.

Así que no sabiendo muy bien cómo salir de aquella situación, terminó diciéndole:

—Me da igual lo que pienses de mí. De todas maneras, después de esta excursión ya no te voy a ver más, y ni a mí me importa tu vida, ni creo que a ti te importe la mía. Así que ahórrate las disculpas, porque para mí no eres más que este abejorro que acaba de pasar por aquí. Mañana o pasado, ya ni me acordaré de tu cara, ni de tu nombre, ¿vale?

El joven se quedó pensativo y le dijo:

—Ya veo. Pero dime, ¿siempre eres así de simpática?— le dijo él, con ironía.

Ella no contestó nada y continuó leyendo, sin prestarle más atención. Entonces,

él se marchó con los demás.

Capítulo 4

Sin embargo, Águeda no tenía el corazón tan duro como aparentaba. En el fondo, se daba cuenta de que el muchacho había reconocido su error. Y un fallo lo tenía cualquiera. Además había tenido el valor de ir a disculparse, a pesar de que ella se había comportado muy despectivamente.

Después de que Ricardo se había retirado para unirse a los demás, ella lo miró con disimulo. Vio que Julián se acercaba a él, pero éste pareció tranquilizarlo, como si todo fuera bien. Luego se metió en el agua con los chiquillos, para jugar con ellos.

Nora se acercó y le dijo que como ya parecía que había hecho las paces con Ricardo, ella y Julián se iban a dar un paseo por los alrededores y que se reunirían luego. Águeda comprendió que el joven no le había dicho a su amigo, ni a Nora, que ella le había tratado aún peor que antes, sino que les había hecho creer que ya todo iba bien. Y ese gesto le llegó al alma.

Cuando la pareja se marchó, Ricardo y los críos siguieron jugando en el agua. Águeda seguía mirándolos con los ojos ocultos tras las gafas de sol. Entonces se quedó observando con más detalle cada gesto del joven. Éste seguía las travesuras de Miguel y de Valentina, como si fuera otro niño más, y ellos se veían muy divertidos con él.

La joven empezó a reflexionar sobre la conversación de Julián y Ricardo y también sobre la mantenida entre ella y el joven, y se puso a analizarlas de una manera más distante. Pensó: “Dice que estaba muy liado, y que no tenía ganas de venir. ¡Bueno, de eso no puedo decir nada, porque yo tampoco tenía ganas de venir y la verdad es que no me hacía gracia!... Y por otro lado, cuando supo que yo no era una niña... debió de preguntarse que entonces para qué lo necesitaba Julián... La verdad es que si yo me sintiera en el compromiso de hacer algo y veo que es innecesario... seguramente que también protestaría... Me parece que no he sido muy justa con él... de hecho, más bien creo que he sido muy injusta... ¡Vaya! ¿Por qué no me habré parado a pensar todo esto antes?”

La muchacha continuó observando a los bañistas, y en particular al joven. En algún momento, incluso tuvo que aguantarse la risa al verlos hacer tonterías entre ellos. Poco a poco, fue sintiendo que él estaba empezando a agradarle.

Después de un rato, Ricardo y los niños se salieron del agua y se secaron con las toallas. Luego se dirigieron hasta Águeda, y Valentina le dijo:

—¡Águeda, vamos a ver la cueva!

Ella, como se sentía avergonzada con el joven por su comportamiento, no se atrevió a mirarle directamente. Pero guardó su libro y se levantó para seguirlos.

Capítulo 5

La ascensión no era nada fácil, pero ellos iban equipados de buen calzado y

agarrándose donde podían, lograron llegar hasta una explanada en la que encontraron la cueva. Ricardo les dijo que sólo podían ver la entrada de la cueva porque en el interior había derrumbes muy a menudo y podía ser peligroso. Los niños, que esperaban poder entrar más profundamente, se sintieron algo defraudados. Y la verdad es que Águeda también. Aun así, siguieron las indicaciones del joven y luego se salieron para admirar las vistas desde allí.

Pero la muchacha no se había quedado conforme y retornó a la entrada de la cueva, mirando fijamente hacia el interior y pensando: “No me suelen gustar mucho las cuevas, pero siento curiosidad por ésta. ¿Y si entro un poco más a ver? Si voy con cuidado, no creo que pase nada.”

Ricardo la miró y al verla tan pensativa, se olió las ideas de la joven. Entonces cuando ella hizo un gesto para meterse en la cueva, él la llamó:

—Espera, ¿qué pretendes hacer?

La muchacha lo miró y le dijo:

—Quiero entrar un poco más.

—Será mejor que lo dejes. Puede haber desprendimientos. Además, vamos con los niños.

—Bueno, vosotros no tenéis por qué seguirme. Esperadme aquí. Yo me he traído mi propia linterna.

—¡Yo también quiero entrar!— dijo Miguel —¡Y yo también tengo una linterna!

—¡Y yo!— exclamó Valentina.

—¡Bueno! ¿Has visto lo que has conseguido?— le reprendió el joven —¡No va a entrar nadie! ¡No queremos ningún disgusto!

Pero Águeda volvió a picarse:

—¿Y tú quién eres para decirme si puedo entrar o no?

—Alguien que conoce los riesgos, y no está dispuesto a que los niños puedan dañarse.—respondió él, con fastidio— No como tú, que parece que sólo piensas en ti misma.

—No va a pasar nada. Lo sé. Así que voy a entrar y tú no vas a poder impedírmelo.

Y sin darle tiempo a reaccionar al joven, la muchacha se coló por la entrada de la cueva. Los niños la siguieron corriendo y Ricardo no tuvo otra que ir tras ellos, con un enfado creciente.

Águeda siguió caminando con cuidado por el interior de la gruta con los demás siguiéndole. El joven iba advirtiéndoles de dar la media vuelta de forma casi constante, pero a ella le daba igual, y Valentina y Miguel ya estaban demasiado entusiasmados como para hacerle caso a su compañero de juegos.

Al cabo de unos minutos, llevaban ya un buen trecho y Ricardo se adelantó hasta la joven y la cogió del brazo.

—¡Ya está bien, Águeda! ¡Ya has visto suficiente! ¡Vamos a salirnos ya!

—¿Tienes miedo?— le preguntó ella con un tono retador.

—Sí.— contestó él, muy serio —Tengo miedo por los niños y por ti.

Ella se rio, y le dijo:

—¡Sí, claro! ¡Di que en realidad eres tú el que tiene miedo, porque ni los niños ni yo, tenemos miedo!, ¿a que no, niños?

Los niños contestaron que no tenían ningún miedo.

Pero él le contestó a la joven:

—¡Si quieres ser una temeraria, tú podrías hacer lo que quisieras, pero estáis a mi cargo y tengo una responsabilidad con vosotros y con vuestra familia! ¡Así que dejáros ya de tonterías!

—¡Qué miedica eres! —le dijo Águeda al joven.

Capítulo 6

De repente sintieron que pasaba una corriente de aire templada y todas las linternas se apagaron, quedándose completamente a oscuras. Valentina pegó un grito.

—¿Qué ha pasado?— dijo Ricardo, queriendo mantener la calma.

—No sé.— contestó Águeda, probando a encender y apagar la linterna —Mi linterna no funciona.

—La mía tampoco.— dijo Miguel.

—¡Ni la mía!— gritó Valentina.

—¡Bueno, tranquilizaos!— dijo el joven —La entrada no puede estar muy lejos. Deberíamos de ver algo de luz enseguida. A ver, intentad daros la mano, para mantenernos juntos.

Los demás obedecieron y se buscaron con las manos y se agarraron. Ricardo cogió una mano de Valentina y otra de Águeda y las unió. Después se desplazó con cuidado hacia atrás para ponerse al lado de Miguel. Valentina estaba muy asustada y su hermana le apretó la mano y le dijo con suavidad:

—¡No tengas miedo, Tinita! ¡Ya verás cómo salimos enseguida!

Pero en el fondo, ella también estaba bastante asustada. Ricardo empezó a caminar a tientas con una mano, mientras sostenía con la otra, la mano de Miguel. Águeda también empezó a tantear por su cuenta. Caminaron un buen tramo, hasta que de repente, al tocar un trozo de pared, se escuchó un ruido muy raro y ella sintió que la pared se movía. Y los cuatro pudieron ver que aparecía una extraña luz en el hueco que se había formado con el corrimiento de la pared.

—¿Qué ha pasado?— volvió a preguntar Ricardo.

—No sé.— respondió de nuevo Águeda —Sólo he tocado la pared y parece que se ha abierto una especie de pasadizo. Quizás dé al exterior, porque se ve luz al fondo.—

El joven se acercó a la entrada del pasadizo, sin soltar la mano de Miguel, y miró. Luego evaluó la situación y dijo:

—Esperadme aquí un momento. Voy a avanzar unos metros para ver a dónde conduce esto.

—¡No nos dejes aquí solos!— exclamó Águeda, sin pensar.

Ricardo se quedó pensativo y contestó:

—Probad otra vez las linternas.

Los niños y la joven intentaron encenderlas, pero no marchaban.

—Bien, tenemos dos opciones.— dijo el joven —O seguimos tanteando a oscuras para llegar a la entrada de la cueva, o probamos a mirar por aquí, por si hay otra salida que yo no conocía.

—¡A mí me da mucho miedo la oscuridad!— dijo Valentina.

—Yo creo que si hay luz por ahí, es que tiene que haber una salida, ¿no?— opinó Miguel.

—No sé.— contestó Ricardo — Tal vez sí, pero no sabemos si es lo suficientemente grande para que podamos salir. Es un riesgo desde luego. Porque si es demasiado pequeña tendremos que dar la vuelta otra vez.

—¿Y cuánto crees que habrá hasta la entrada principal?— inquirió Águeda.

—La verdad es que... no sé... Desde luego, desde aquí, no se ve nada de luz por ese lado.

La joven suspiró, sintiéndose culpable de todo lo que estaban pasando. Valentina se puso a llorar y ella la abrazó, mientras le preguntaba con humildad al joven:

—¿Tú qué opinas, Ricardo?

—Pues... creo que todo esto es muy raro. — dijo él —Nunca había oído que hubiera un pasadizo que se abriera, como éste. Y la entrada no debería de estar tan lejos. ¡No hemos andado tanto! Además, es muy curioso que las tres linternas se hayan estropeado justo en el mismo momento...

Todos se quedaron callados unos instantes.

—Escuchad,— dijo Ricardo —¿estáis de acuerdo en que probemos a irnos por el pasadizo? Al menos ahí tenemos algo de luz. De todas maneras, siempre podemos volvernos, aunque hagamos más camino.

—Vale.— dijeron los demás.

Capítulo 7

Los cuatro se encaminaron lentamente por el nuevo pasadizo. Conforme avanzaban, se dieron cuenta de que la luz aumentaba, pero no lograban ver aún la salida. Al cabo de un par de minutos, escucharon detrás de ellos el mismo sonido que habían oído antes. Ricardo se quedó parado y miró a la joven, algo inquieto, pero ella no comprendió la causa. Luego él hizo un gesto como de querer reponerse y siguió caminando, seguido de los demás.

De pronto llegaron a un espacio enorme que incluso parecía estar iluminado. Ellos se quedaron asombrados. Continuaron andando para atravesarlo, pero se encontraron con algo totalmente inesperado e impresionante. Se trataba de dos serpientes de enormes proporciones que estaban enroscadas al final de la sala, a cada lado del camino que se suponía que tenían que seguir.

Los cuatro se quedaron paralizados. Ricardo las miró y luego miró a los niños y a la joven.

—Creo que va a ser mejor que nos volvamos. — dijo con delicadeza, para no crear el pánico.

—Sí. Yo creo que sí. — le apoyó Águeda.

Así que con cierto fastidio, pero impulsados por el miedo a aquellas serpientes, se dieron la vuelta. Sin embargo, cuando llegaron hasta la entrada del pasadizo, ¡oh sorpresa!, ¡ésta se había cerrado! Intentaron buscar alguna ranura, pero, ¡nada! ¡No consiguieron localizar ni una rendijita!

Entonces Águeda comprendió que la única posibilidad era volver hasta las

enormes serpientes y pasar a través de ellas. Pero aunque lo consiguieran, eso tampoco les aseguraba que iban a encontrar una salida al exterior, puesto que ya habían visto que por alguna razón, la extraña luz venía del interior de la cueva. Todo eso empezó a martillearla en su cabeza, sabiendo que era ella quien los había metido en esa situación. El corazón se le empezó a acelerar, y el pánico empezó a crearle un dolor agudo en el estómago y a quitarle la capacidad de pensar, de ver y hasta de respirar. De manera que con el cuerpo temblándole, empezó a llorar desesperada y gritando que estaban encerrados, que nunca podrían salir de allí y que todo había sido por su culpa.

Ricardo intentó tranquilizarla, diciéndole que no se preocupara, ya que lograrían volver al exterior. Pero ella ya no podía oírle, y seguía presa del pánico. El joven la regañó haciéndole ver que los niños estaban empezando a contagiarse de sus gritos. Pero la muchacha no reaccionaba, porque ya no era dueña de sí misma. Entonces Valentina se puso a llorar aterrorizada también, y hasta Miguel, que había querido aguantar, empezó a llorar, completamente invadido por el miedo. Ante esta expresión de histerismo colectivo, Ricardo volvió por tercera vez a intentarlo, ordenando con fuerza a Águeda, que se tranquilizara. Pero la joven no se enteraba de nada de lo que él le decía.

Éste, viéndose impotente ante las reacciones de los otros tres, se acercó a la muchacha, y la zamarreó, diciéndole con autoridad:

—¡Basta Águeda! ¿Dónde se ha ido tu valentía? ¡A ver si voy a tener que decirte yo, que la cobarde eres tú?

Pero la joven seguía agobiada, y entonces Ricardo se quedó pensativo, y de repente se acercó a la joven y la abrazó con fuerza y le repitió al oído suavemente:

—Águeda, ¿dónde se ha escondido tu valentía? ¡Pensé que realmente eras una chica valiente! Pero ya no sé si me he equivocado contigo.

Ella se quedó sorprendida, y miró al joven a los ojos, y poco a poco, fue tranquilizándose. Y así se quedaron mirándose los dos unos momentos.

Los dos niños también se quedaron callados y al cabo de unos segundos, Valentina preguntó:

—Ricardo, ¿te has enamorado de mi hermana?

—¿Eh? ¡No, claro que no!— contestó él, con cierto nerviosismo.

Pero Águeda siguió mirando al joven, muy cortada.

Los niños se rieron y empezaron a burlarse, saltando y canturreando:

—¡Sois novios! ¡Sois novios!

—¡Bueno, ya está!— los cortó Ricardo, fingiendo autoridad —¡Ahora hablemos de algo serio! ¡Vamos a tener que salir por el otro lado! ¡No queda más remedio! ¡Así que venga, vamos!

—Pero, ¿y las serpientes?— preguntó Valentina, otra vez con cara asustada.

—¿Qué serpientes?— dijo Ricardo, como si no supiera de qué hablaba la niña.

—¡Pues las serpientes gigantes que había en el camino!— exclamó Miguel.

—¿Os referís a los muñecos esos, con forma de serpiente?— dijo el joven.

—¿Muñecos? ¿Qué dices, Ricardo?— dijo Miguel, asombrado.

—¡Ah! ¿Pero os habíais creído que eran de verdad? ¡Ja, ja, ja! ¡No me lo puedo creer! ¿Pero no habéis visto que eran como esos muñecos que utilizan en las películas o en las atracciones de la feria? Son muñecos autómatas. Se mueven e incluso hacen

ruidos y parecen de verdad, pero no lo son, lógicamente. ¡No veis que las serpientes reales son mucho más pequeñas! ¡Qué inocentes sois!

Águeda se quedó pasmada con esa explicación. No se le había ocurrido que no se trataba de serpientes reales. Eso cambiaba totalmente las cosas y ella se sintió mucho más tranquila.

Capítulo 8

Se dieron la vuelta y se pusieron en marcha. El joven comenzó a contarles a sus compañeros un cuento para poder distraer sus mentes de la situación en la que se encontraban. Y cuando llegaron a la altura de las serpientes, les recordó que no eran reales, sino muñecos autómatas. Luego, colocó a los dos niños entre medias de Águeda y él. Haciendo un esfuerzo para mantener la sangre fría, pero sin perder de vista a los dos reptiles, fue tirando del grupo hasta que se puso casi a la par de éstos.

De repente, una de las serpientes habló con voz potente:

—¿Quiénes sois y qué buscáis?

Los cuatro se quedaron boquiabiertos, pero el joven reaccionó rápidamente y les dijo a los niños:

—¿Veis como no son serpientes reales? ¡Debe de haber un hombre detrás!

—¿Quiénes sois y qué buscáis?— repitió la serpiente con más fuerza.

—Mis amigos y yo nos hemos perdido y estamos buscando la salida de la cueva.— respondió Ricardo —¿Y vosotras quiénes sois y qué hacéis aquí?

La otra serpiente contestó:

—Somos las guardianas del tesoro.

—¡Ah! ¡Entonces es cierto que existe un tesoro!— exclamó el joven, cada vez más asombrado.

—¿Habéis venido a robarlo?— preguntó la primera serpiente, mientras se levantaba sobre su cola y llegaba a medir más de cuatro metros.

Los chicos dieron un paso atrás por el susto.

—¡No!— contestó Ricardo, con fuerza —Sólo queremos encontrar la salida. ¿Podéis ayudarnos?

Águeda sintió una extraordinaria admiración por el joven y por su fortaleza de espíritu.

—Os indicaremos el camino de salida, —dijo la otra serpiente— pero tenéis que ofrecernos algo de comida, pues llevamos muchos años aquí sin salir y no hemos comido nada desde entonces.

El joven se quedó bloqueado por la petición del reptil, pues éste parecía pedirle comerse a uno de ellos y no sabía cómo salir de ese atolladero. Pero mientras pensaba qué podía hacer, Águeda contestó:

—Tenemos algo delicioso que guardábamos como un tesoro. Pero a cambio de vuestra ayuda, os lo ofrecemos de corazón.

Ricardo la miró asombrado, y por unos instantes se le pasó por la imaginación si ella no les estaría ofreciendo que se lo comieran a él, pero luego vio que la joven se descolgaba su mochila y sacaba una bolsa.

Se trataban de las moras que la muchacha había recogido en los zarzales y las había guardado con delicadeza para después. Ella hizo dos montones y los colocó, temblando de miedo, al lado de cada una de las serpientes. Éstas se comieron las moras de un bocado.

—Seguid este camino.— dijo la primera serpiente —Cuando lleguéis a un lugar en el que se divide en dos, coged el de la derecha y enseguida hallaréis una salida.

—Pero recordad cuando paséis junto al tesoro, que no debéis tomar ni una sola pieza, porque si lo hacéis, nunca podréis volver al lugar del que venís y permaneceréis aquí para siempre.— les advirtió la segunda serpiente.

—Bien. Muchas gracias— contestó Ricardo, cogiendo a los niños y empujándolos hacia adelante.

Capítulo 9

Los chicos continuaron andando en silencio, y al llegar al cruce, cogieron el de la derecha, como les habían indicado. Al poco tiempo, notaron que la luz iba aumentando hasta que llegaron a un nuevo espacio enorme en el que se quedaron pasmados: ¡allí estaba el tesoro!

Aquello recordaba a la cueva de Ali Babá. Los críos empezaron a gritar muy contentos:

—¡Hemos encontrado el tesoro! ¡Somos ricos!, ¡somos ricos!

Ricardo, que seguía atónito, miró a Águeda y ésta lo miró a él y los dos se rieron.

—¡Es increíble! ¡Lo estoy viendo y no puedo creérmelo!— exclamó el joven.

—¡Así que la leyenda que contabais era cierta!— dijo Águeda.

—¡Debo de estar soñando!— susurró él, mientras se pellizcaba —Esto no tiene sentido: unas serpientes enormes que hablan, un tesoro escondido, pasadizos secretos que se abren y se cierran... ¡Esto no puede ser real! ¿Me habrá dado una insolación? ¡No, seguramente estoy soñando!

La joven se rio divertida y él la miró y se rio también. Luego éste observó a los niños y vio que se estaban acercando al tesoro con intenciones de coger algo, y rápidamente les gritó:

—¡Alto ahí! ¡No toquéis nada! ¿No habéis escuchado la advertencia de la serpiente?

—Pero Ricardo, ¿por qué le haces caso a un muñeco?— preguntó Miguel, riéndose.

—No le estoy haciendo caso al muñeco, sino al hombre que había detrás de él y que era quien hablaba, ¿es que no te diste cuenta?— le dijo el joven.

—No.— respondió el niño, muy serio.

Águeda sonrió por la inocencia del chiquillo.

—¡Bueno, vamos a seguir! ¡Que ya estamos tardando demasiado!— propuso el joven, mientras miraba su reloj —Águeda, ¿tienes hora? Mi reloj se ha parado.

Ella miró y, tras esperar un poco, se dio cuenta de que también su reloj estaba averiado, y así se lo dijo a Ricardo.

Él la miró con aire preocupado, y la muchacha también empezó a sentir algo de

temor.

—¡Tranquila!— le dijo el joven —¡Enseguida estaremos afuera y todo volverá a la normalidad!

Águeda asintió, dándole un voto de confianza.

Luego los cuatro continuaron su camino y, al cabo de poco tiempo, pudieron distinguir una salida al exterior. Los niños gritaron contentos y se adelantaron corriendo, mientras los dos jóvenes seguían marchando al mismo ritmo, pero mucho más animados.

Capítulo 10

Al llegar a la salida de la cueva, Águeda y Ricardo vieron que los chiquillos estaban callados mirando embobados hacia el exterior. Ellos salieron, por fin, y de igual forma se quedaron atónitos ante la vista del lugar.

Aquello era una especie de pradera verdísima con un bosquecillo en un lado. El ambiente parecía coloreado de un leve azul y, por aquí y por allá, se veían una especie de niños diminutos volando libremente por el espacio.

Ninguno de los cuatro supo qué decir y después de los primeros momentos de sorpresa, Ricardo echó a andar, seguido de los demás, mirando hacia un lado y hacia el otro. Luego Miguel dijo:

—¡Ricardo! ¿Estos también son muñecos?

—Me parece que esta vez, no.— respondió él.

—¿Dónde estamos?— preguntó Valentina.

—Si queréis que os sea sincero, desde que ha comenzado toda esta aventura, estoy sospechando que hemos pasado a otra dimensión.— confesó el.

—¿Otra dimensión?— repitió Águeda asombrada, al igual que los niños —¿Acaso crees que nos hemos muer...?— la joven se calló, por miedo a terminar aquella palabra.

—Creo que estamos en la cuarta dimensión.

—¿En la cuarta dimensión?— dijo la joven, más extrañada aún —¿Cómo que en la cuarta dimensión? ¿Qué es eso de la cuarta dimensión?

—¿No has oído nunca hablar de esto? Se trata de un mundo paralelo al nuestro, pero distinto.

—¿Eres tan serio en esto como en lo de los muñecos con forma de serpiente?

—No. Esta vez soy más serio que nunca. Y si no, mira a tu alrededor y dame otra explicación para lo que estamos viendo.

La muchacha se quedó callada.

De repente uno de aquellos niñitos minúsculos se acercó a ellos y les dijo:

—¿Vosotros también os habéis colado por la gruta?

Los cuatro lo miraron estupefactos. El niñito se rio, divertido.

—¡No tengáis miedo! ¡Aquí hay un poblado con gente que vino de vuestro mundo y se han quedado a vivir aquí!

—¿Qué? ¿Cómo que se han quedado a vivir aquí?— preguntó Ricardo.

—Sí. Son nuestros amigos, aunque son diferentes de los otros hombres. Ellos no

pueden regresar a vuestro mundo, pero dicen que aquí son felices.

—¿No pueden regresar?— repitió Águeda, sintiendo cierta angustia.

—No. No pueden. — enfatizó el niño volador.

La joven miró a Ricardo, sintiendo que empezaba otra vez a sentir una ansiedad que iba creciendo. Éste pareció darse cuenta, y después de echar un ojo a Miguel y Valentina, que parecían más tranquilos, se acercó hasta la joven y le rodeó los hombros con un brazo diciéndole:

—Cálmate, Águeda. Nosotros sí podremos, no lo dudes ni un momento.

—Vale.— asintió ella, respirando hondamente, y dejándose consolar por él.

Capítulo 11

Enseguida se les acercó también una especie de enanito pequeñísimo, con barba blanca.

—¡Sed bienvenidos!— les saludó.

—¡Gracias!— contestó Ricardo —Dime, ¿dónde estamos? ¿Es esto la cuarta dimensión?

—Pues no sé cómo le llamáis vosotros, pero desde luego es una dimensión superior a la vuestra. Nosotros lo llamamos mundo Jinas.

—¿Y tú quién eres?— preguntó Águeda.

—Yo soy un gnomo. Soy un duende elemental de la tierra. Ése,— dijo señalando al niño volador —es un silfo. Él es un elemental del aire. También están nuestras amigas, las salamandras, que son las criaturas del fuego y también las ondinas y las nereidas que son las elementales del agua.

—¡Vaya!— exclamo la joven asombrada.

—Pero vosotros, a veces visitáis nuestro mundo, ¿no es cierto?— dijo Ricardo.

—Sí, es verdad. A veces. Pero nos escondemos de los humanos, porque siempre nos quieren atrapar, para nada bueno. Hace mucho tiempo, podíamos confiar más en vosotros, pero ahora es distinto. Por eso, ya casi no nos podéis ver en vuestro mundo. Aunque los niños pequeños y los bebés, sí nos ven muchas veces, porque aún son inocentes y tienen despiertas ciertas facultades que los adultos habéis perdido.

—¿Y cómo hacéis para pasar de un mundo al otro?— inquirió el joven.

—Es que nosotros tenemos ese poder. Nosotros trabajamos los elementos de la naturaleza: transformamos los metales de la tierra, impulsamos el aire, movemos el agua, y animamos el fuego. Le damos vida a los elementos. Por eso somos elementales.

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Entonces sois muy importantes en la naturaleza!— exclamó Águeda.

—¡Claro!— respondió el gnomo.

—Oye, ¿y qué me dices de las dos serpientes que hay en la gruta?— preguntó Ricardo.

—¡Ah! ¡Son gnomos, como yo, pero adoptan esa imagen para los extraños!

—¡Pues hay que admitir, que impresionan bastante!— exclamó el joven, mirando a la muchacha y los niños.

—¡Ja, ja, ja!— se rio el gnomo —¡De eso se trata! ¡Están protegiendo el tesoro!

—¡Claro!—exclamó Ricardo— Pero hablando de otra cosa, aquel silfo nos ha dicho, que aquí hay un poblado con gente como nosotros. ¿Está muy lejos?

—No. Al otro lado del bosque. Ellos no se juntan con los humanos de aquí.

—¿También hay humanos que son de aquí?— preguntó Águeda —¿Y qué diferencia hay entre ellos y nosotros?

—Pues en que ellos no tienen defectos.

—¿A qué te refieres?— inquirió el joven.

—Pues..., por ejemplo, las gentes de tu mundo tienen defectos como la ambición, la ira, el odio, la pereza, la soberbia, la glotonería, el miedo, el pesimismo... Los seres de aquí, no tienen nada de eso. Son seres, prácticamente perfectos.

—¡Vaya!— exclamó Águeda, con admiración —¡Este mundo debe de ser maravilloso! Pero dime, ¿qué me dices de los animales y de las plantas?

—¡Ah! Depende de qué tipo de animales y qué tipo de plantas. En el caso de las plantas, la mayoría nos sirven para vivir en ellas. Hay plantas de fuego, de aire, de agua y de tierra, y nosotros vivimos en las plantas de acuerdo a cómo sean. Además, nosotros somos los que les damos los poderes o virtudes medicinales a las plantas que tenéis en vuestro mundo. Las que os curan, no son propiamente las plantas en sí, sino los elementales que las habitamos. En el caso de los animales, los elementales viven dentro del cuerpo. Pero cuando duermen, se escapan del cuerpo y viajan por otras dimensiones. Igual que los humanos. Cuando vuestro cuerpo duerme, vuestra alma se sale del cuerpo y vivís y viajáis por el mundo de los sueños, que no es otra cosa que el mundo astral, que resulta ser otra dimensión superior a esta. Aunque la mayoría de vosotros no seáis conscientes de eso.

Capítulo 12

Los niños llevaban ya un rato jugando con los silfos y otros gnomos que se habían acercado, y los jóvenes continuaron entusiasmados aprendiendo más cosas de aquel sabio elemental.

Después, los cuatro fueron conducidos por un grupo de sus nuevos amigos hasta el poblado de los humanos que provenían de su mundo.

Cuando entraron, los habitantes se fueron acercando a ellos para darles la bienvenida. Era extraño, pero allí había gente que vestía con ropas de muy diferentes épocas. Y hablando con ellos, comprendieron que algunos habían llegado allí hacía muchísimo tiempo, pero aun así, no se les veía viejos. Parecía que el tiempo no pasaba por ellos.

Tal y como les había dicho el silfo, ninguna de aquellas personas habían sido capaces de volver a su mundo original, pero se habían conformado, pues allí se sentían felices.

También les contaron que rara vez hacían contacto con los humanos del mundo Jinas, aunque al principio, todos habían tenido la oportunidad de conocerlos.

Como los chicos estaban hambrientos, les dieron de comer algunas frutas que estaban deliciosas y con las que se sintieron saciados. Luego, viendo que anochecía, les ofrecieron un par de habitaciones para dormir, y les dijeron que al día siguiente

comenzarían a construir su nuevo hogar.

Los cuatro estaban realmente cansados. Los chicos iban a dormir en una habitación y las dos hermanas en otra. Los niños fueron los primeros en acostarse, mientras Águeda y Ricardo se quedaron un poco hablando.

—¿Estás bien?— le preguntó el joven a la muchacha.

—Siento mucho todo esto.— contestó ella, con pena —Tenía que haberte hecho caso cuando me dijiste que no entrara en la cueva, pero mi orgullo pudo más. Ahora todos estamos aquí, por mi culpa. De hecho, hoy he sido muy soberbia contigo, te he dicho cosas muy feas y de muy mala manera y la verdad es que estoy muy arrepentida de ello.

Él le sonrió y le contestó:

—No le des más vueltas. Hay mucha gente que entra en la cueva y nunca le ha pasado nada de esto. Yo mismo he entrado muchas veces con Julián, y jamás nos ha pasado nada extraño. No es tu culpa, ni la de nadie. Es algo que no sabemos ahora mismo por qué ha pasado, pero en todo caso, podemos decir que está siendo una experiencia inolvidable.

—Sí. Eso sí. — dijo ella, reflexiva —Pero también me preocupa mi familia..., y la familia de Miguel..., y la tuya. ¡Estarán buscándonos desesperados!

El joven resopló, pensativo.

—Sí. Tienes razón. — respondió —Pero no sirve de nada que nosotros nos desesperemos también. Mañana estaremos descansados y veremos cómo podemos volver. Está claro que esta gente no sabe cómo hacerlo, pero tal vez los habitantes reales de esta dimensión sí lo sepan. Mañana contactaremos con ellos y volveremos. Y todo se habrá quedado en un susto.

—¡Ojalá que sí!— exclamó Águeda.

—¡Claro que sí! ¡No lo dudes! Sin embargo... he pensado que es posible que tenga bastante importancia el tema que nos ha comentado el gnomo acerca de los defectos que tenemos los humanos como nosotros y que la gente de aquí no los tiene. Es posible, que por ahí vaya la cosa... En fin, ya veremos. Pero no te preocupes. Estate tranquila y descansa esta noche.

—Bueno...oye, lo de decirle a mi hermana y a Miguel que las serpientes eran muñecos autómatas, ¿era para quitarles el miedo?

—¡Claro! Pensé que si las serpientes se daban cuenta de que no teníamos miedo, no nos atacarían, y nos dejarían pasar. He visto muchas serpientes en el campo y si tú no les haces nada, ellas tampoco atacan.

—¿Sabes que por un momento yo me creí también lo de los muñecos?— confesó la muchacha.

—¿De verdad?— dijo el muchacho, riéndose.

—Sí. — respondió ella sonriendo —Pero, por supuesto, cuando las tuve delante otra vez, ya no lo dudé. — la joven miró al joven con agradecimiento —Has sido muy valiente. Nos has salvado a todos, nos has dado confianza y nos has hecho sentirnos más seguros.

Él le sonrió y le contestó:

—Tú también fuiste muy valiente cuando le diste las moras a las serpientes. Ahora soy yo quien te confiesa que cuando les dijiste que tenías algo para darles de comer, creí por unos instantes que te referías a mí.

La joven se quedó sorprendida y luego estalló de risa. Y él, viéndola, se rio también.

Segundos después a Águeda le vino el recuerdo del abrazo que él le dio para calmarla, y sintiéndose un poco cohibida, bajó los ojos por miedo a que el joven pudiera leer sus pensamientos, y se dio cuenta de que había nacido en ella un sentimiento muy fuerte y profundo por él.

—Será mejor que nosotros nos acostemos ya.— propuso Ricardo —Hoy ha sido un día... de fuertes impresiones y necesitamos descansar.

—Sí.— aceptó ella.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, después de tomar algunas frutas, se marcharon en busca de los humanos de aquella dimensión. Los que dejaban, ya les habían advertido que de todas maneras volverían con ellos, pues no iban a poder regresar a su mundo. Aunque admitieron que hubo casos de personas que sí lo consiguieron.

Así que los chicos, guiados de vez en cuando por algunos elementales, fueron introduciéndose más y más por aquellos maravillosos lugares.

Cuando llegaron a un río, vieron a unas diminutas y bellísimas jóvenes que se estaban bañando en el agua, y a otras que les hablaban sentadas sobre una roca.

—Son nereidas y ondinas.— les dijo un silfo.

Los chicos se quedaron asombrados. Pero tras reponerse de la sorpresa, les apeteció bañarse a ellos también. Incluso Águeda que aún llevaba el bañador puesto desde el día anterior, se metió en el agua. Las elementales del agua les rodearon y estuvieron hablando con ellos y jugando con los niños, haciendo pequeños remolinos, e impulsando el agua de forma rítmica para formarles pequeñas olas. Los cuatro estaban encantados por la experiencia.

Después de un buen rato, se salieron y dieron las gracias a las ondinas y a las nereidas y luego continuaron su camino, acompañados de algunos silfos.

En algún momento, tuvieron que subir una colina, para luego descender. En una de tantas ocasiones, Águeda quiso saltar para bajar, y al hacerlo se dio cuenta de que descendía hasta el suelo con mucha suavidad. La muchacha se quedó extrañada y para comprobar qué es lo que había ocurrido, volvió a saltar desde el mismo lugar en el que se encontraba. Cuál no fue su sorpresa al ver que se quedaba flotando unos segundos y luego descendía lentamente. Volvió a saltar, pero esta vez queriendo avanzar hacia delante, y con gran asombro se vio volando al menos unos metros. Los demás, que caminaban delante de ella, no se habían percatado de nada, así que los llamó y cuando se volvieron hacia la muchacha, les dijo:

—¡Mirad lo que he descubierto!

Y dando un salto se puso a volar varios metros en dirección hacia ellos.

El joven y los niños se quedaron estupefactos. Pero ella volvió a darse un impulso y aterrizó a su lado.

—¿Cómo has hecho eso?— le preguntó Ricardo.

—Sólo he saltado y me he dado cuenta de lo que pasaba.— respondió Águeda.

Los silfos les dijeron:

—Aquí todos pueden volar. En vuestro mundo, necesitáis aparatos muy complicados, pero aquí es algo muy normal.

Entonces el joven y los niños se pusieron a saltar y saltar hasta que le cogieron el truco y se vieron volando cada vez más distancia. Todos estaban maravillados, y se reían muy contentos.

—¡Es increíble!— dijo el joven —¡Podemos volar como si fuera la cosa más natural del mundo!

De repente, por un impulso, se acercó a Águeda, le cogió de la mano y dio un salto con fuerza, tirando de ella. Y subiendo muy alto, los dos se pusieron a volar por encima del lugar, riéndose y sintiéndose muy dichosos. Luego descendieron y Valentina le dijo al joven:

—Yo también quiero volar tan alto. Llévame, Ricardo.

—¡Claro que sí! ¡Dame la mano!— le contestó el joven.

Y tiró de ella, al igual que con su hermana. Águeda miró a Miguel y le preguntó si quería intentarlo él también, y el crío le contestó que sí. Así que los dos también se pusieron a volar muy alto.

Más tarde, acompañados de los silfos, continuaron avanzando el camino que debían recorrer, pero esta vez por el aire y de forma mucho más rápida.

Capítulo 14

Después de un buen rato sintieron algo de hambre y descendieron para tomar algunas frutas silvestres y luego continuaron su camino.

Ya empezaba a atardecer, cuando llegaron hasta una aldea en la que el suelo no era de tierra pero tampoco estaba asfaltado, sino que estaba hecho de un material extraño. Las casas, eran de una planta, estaban construidas de elementos desconocidos para los jóvenes y tenían grandes ventanales, y las puertas estaban abiertas.

Los habitantes reconocieron que eran extranjeros y les dieron la bienvenida. Luego, el que parecía más mayor, aunque allí no parecía haber nadie de más de cuarenta años, se acercó a ellos y los invitó a su humilde morada.

Ricardo le explicó su situación, y él sonrió asintiendo.

—Los habitantes del poblado en el que hemos estado, nos han dicho que la mayoría no pueden salir de aquí.— dijo el joven —Este lugar es maravilloso y nos ha encantado, pero nosotros estamos dispuestos a hacer lo que sea para poder volver a nuestro mundo. ¿Qué tenemos que hacer?

—En realidad, es muy fácil. Sólo hay que recorrer el mismo camino que hicisteis para llegar hasta aquí.— respondió el hombre.

—¿Qué? ¿Sólo eso?— exclamó Ricardo asombrado— Pero... entonces... ¿dónde está el problema? ¿Por qué ellos no han podido salir?

—Porque no hicieron caso de las advertencias que se les hicieron.

—¡Oh! ¿Y qué advertencias son esas?— inquirió el joven.

—Una muy simple: mantener la calma ante todas las situaciones que se os presenten. —contestó el hombre— Desde este momento, es posible que os

encontraréis con algunas dificultades. Si sois capaces de no perder el control, y no os dejáis llevar por el miedo, la ira, el orgullo o la desesperación, podréis llegar a vuestro mundo sin problemas.

—¿Quieres decir que se nos pone a prueba?

—Bueno, sí. Algo así. Por lo pronto, habéis superado una.

—¿De verdad?— dijo sorprendido el joven —¿Cuál?

—Una en la que habéis demostrado la obediencia y la honradez, puesto que fuisteis capaces de pasar junto al tesoro y no cogisteis ninguna pieza. Sé que hubo quien estuvo tentado, pero al final lo conseguisteis.

—¡Vaya! ¡Estáis al tanto de todo!— exclamó Ricardo.

El hombre volvió a sonreír.

—¿Y cuándo podremos hacer el camino de vuelta?— intervino Águeda — ¿Podemos hacerlo ya?

El hombre la miró.

—¿Tienes mucha prisa?— le dijo —¿No quieres conocer más cosas de este mundo?

—Bueno... sí, claro. Pero me preocupan mucho nuestras familias. Ellos no saben que estamos bien y deben estar sufriendo muchísimo por nosotros.

—Comprendo. Pero no te preocupes por ellos. Si lográis volver, comprobarás que tus preocupaciones no han servido para nada.— dijo el hombre.

La muchacha no entendía muy bien, pero pensó: “Supongo que lleva razón”.

—De todas maneras, ya es algo tarde para salir hoy. — dijo Ricardo —Así que tendremos que dejarlo para mañana. — y preguntó al hombre —¿Hay algún sitio donde podamos pasar la noche?

—Por supuesto. Podéis comer algo y descansar en mi casa.

Los jóvenes le agradecieron su hospitalidad y le acompañaron.

Capítulo 15

Al día siguiente, los cuatro se dispusieron a emprender el viaje de vuelta a su mundo. Antes de partir, su anfitrión les advirtió:

—Hay algo que debéis saber. Si conseguís regresar a vuestro mundo, seguramente todos los recuerdos de estos últimos días se borrarán de vuestra memoria.

Tanto los jóvenes, como los niños, se quedaron sorprendidos.

—¿Por qué?— preguntó Águeda, quitándole la palabra de la boca a Ricardo.

—Es mejor para vosotros así. Nadie de vuestro mundo os creería y, al fin y al cabo, seguramente eso sólo os iba a crear más dilemas y sufrimientos.

—¡No! ¡Pero yo quiero recordarlo todo!— protestó la joven —¿De qué nos sirve haber estado aquí, si luego lo olvidamos?

—Créeme: será mejor para vosotros— insistió el hombre.

Águeda se quedó muy triste y miró a su compañero que parecía también bastante defraudado. Los niños no parecían comprender el alcance de esa pérdida de memoria y por eso los miraban atentos, pero sin ninguna sombra de pena.

Así las cosas, Ricardo dijo que debían partir ya, y se despidieron del hombre y de algunos habitantes más. Y, guiados nuevamente por algunos silfos, se fueron volando hasta la entrada de la cueva, por la que llegaron hasta allí. Después los elementales les despidieron y les desearon éxito.

Antes de entrar, Águeda seguía un poco triste y le dijo al joven:

—Ricardo, ¿no podríamos quedarnos un día más?

Él la miró sorprendido.

—Águeda, ¿qué pasa? ¿Cómo es que ahora quieres quedarte? ¿Ya no te acuerdas de tu familia? ¿Qué ha pasado para que desees quedarte un día más?

—No quiero olvidar nada de este viaje.— contestó ella.

—Comprendo.— respondió el joven —Bueno, yo tampoco, pero no podemos hacer otra cosa. Tenemos que volver, no hay más remedio que intentarlo. Además si nos quedásemos otro día, ¿crees que mañana te irías más contenta?

—No.— respondió ella pensativa— En realidad, yo quiero irme, pero no quiero olvidar todo lo que nos ha pasado.

—Bueno, ¿quién sabe? A lo mejor, no se nos borra todo... ¡Tengo una idea!, escucha, ¿tienes un bolígrafo y un papel?

—No. Sólo un libro.

—¡Oh, vaya!— exclamó el joven pensativo.— De todas maneras, a lo mejor no nos iba a servir de nada. Bueno, no te preocupes por eso. Lo peor que puede ocurrir, es que sigamos nuestra vida como siempre, y ya está.

“Eso es lo que menos me gusta”, pensó ella.

De pronto, mientras estaba pensativa, vio delante de ella un zarzal repleto de moras.

—Esperad.— les dijo a los demás —Voy a coger algunas de esas moras para el camino.

Todos se acercaron para coger, y las metieron en la bolsa que la muchacha cargaba en su mochila. Y después se metieron en la cueva.

Capítulo 16

Estuvieron andando un buen tramo hasta que pasaron a la gran sala del tesoro. Pero al observarlo, se dieron cuenta de que el oro empezó primeramente a tomar un color rojizo, y luego se fue derritiendo poco a poco, convirtiéndose en lava. Todos se quedaron asombrados. Entonces el fuego líquido empezó a hacer pompas y hubo un pequeño temblor en la tierra.

—¿Es un terremoto?— preguntó Miguel asustado.

Ricardo, queriendo tranquilizar a los demás, respondió:

—¡No os preocupéis! ¡Ya sabéis que este mundo no es como el nuestro! ¡Vamos a seguir!

Y cogió de una mano a Valentina y de la otra a Miguel. Y a Águeda, que estaba mirando la lava con cierto temor en su rostro, le dijo con calma:

—¡Vamos Águeda! ¡Será mejor que salgamos de aquí! ¡Dale la mano a Valentina! Ella asintió e hizo lo que Ricardo le indicó.

Salieron de allí y continuaron andando un poco más, hasta que de pronto, delante de ellos, volvió a escucharse un ruido atronador, y el suelo se abrió, dejando un abismo sin fondo delante de ellos. Los cuatro se miraron.

—¡Bueno!— exclamó el joven —¡Parece que la cosa se complica!

—¿Y ahora qué hacemos?— preguntó Valentina.

El joven se quedó pensando.

—Podemos saltar. — propuso Águeda —Seguramente aún podemos flotar.

Y ella pegó un salto para comprobarlo, quedándose en el aire.

—¡Sí, claro! ¡No había caído en eso!— contestó Ricardo.

Así que los cuatro, uno tras otro, saltaron y volaron hasta el otro extremo.

Luego, muy contentos, entre charlas y risas, continuaron el camino hasta llegar al cruce. Cogieron el camino de frente y siguieron hasta llegar a la otra gran sala donde habían encontrado a las grandes serpientes. Sin embargo, no las vieron.

Mas, en ese momento, escucharon un ruido muy fuerte que se acercaba y de pronto vieron una gran lengua de agua que entraba en la sala y, sin darles tiempo a reaccionar, el líquido elemento empezó a inundar el lugar de forma rapidísima. Los chicos no podían pegar el salto para volar, ni tampoco podían salir corriendo. Así que los dos jóvenes, de manera casi telepática cogieron a los niños y moviendo los brazos y las piernas para sostenerse con la cabeza afuera, hicieron lo posible para no perder el control, ni dejarse llevar por el miedo.

Cuando ya estaban a punto de que el agua llegase al techo, escucharon otro ruido, y como por encanto, el agua empezó a descender a una gran velocidad y al cabo de un par de minutos, ya sólo quedaba el recuerdo con unos charcos.

Los chicos respiraron aliviados. Y luego se quedaron asombrados al ver que estaban secos.

Entonces escucharon delante de ellos una voz potente:

—¿Quiénes sois y a dónde os dirigís?

Ellos miraron y vieron que las serpientes habían aparecido de la nada.

—Somos habitantes del otro mundo y buscamos la salida de éste. — respondió Ricardo —¿Podéis indicarnos el camino?

—¿Tenéis algo de comida para ofrecernos?— volvió a pedir una de las serpientes.

—Sí.— contestó la joven, abriendo la mochila y sacando la bolsa de las moras.

Esta vez, los niños se aproximaron hasta ella y cogieron cada uno un puñado y luego los pusieron delante de las serpientes. Éstas se las zamparon en un solo bocado.

—Tenéis que seguir la ruta por la que vinisteis el otro día y cuando lleguéis al final, tenéis que dar tres golpes y esperar.— dijo la otra serpiente —Sin embargo, os advertimos que la espera puede ser corta o larga, pero si os desesperáis, nunca podréis salir de aquí y tendréis que permanecer en este mundo para siempre. Recordad: sólo tres golpes. Ni uno más. Si no, habréis perdido vuestra oportunidad. — les advirtió la serpiente.

Los jóvenes agradecieron las indicaciones y continuaron la marcha. Poco después llegaron al final del camino. Era el principio del pasadizo por el que habían entrado, y tal y como suponían, estaba cerrado.

Entonces, Ricardo dio los tres golpes y se quedaron esperando.

Pero el tiempo pasaba y allí no había señales de cambio.

—Vamos a sentarnos a esperar. — propuso el joven.

Capítulo 17

Los cuatro se sentaron. El joven para distraerlos, les empezó a contar un cuento. Pero el cuento terminó y todo seguía igual. Entonces los niños se levantaron y se pusieron a jugar al lado, mientras Águeda y Ricardo los miraban.

—¿Estás más tranquila?— le preguntó él a ella.

—Sí.— respondió la joven, con cierta melancolía —Pero sigo pensando que ojalá no perdiéramos los recuerdos.

—Sí. Es bastante frustrante. Lo bueno es que como no nos acordaremos de esto, no lo echaremos de menos.

—Pero...— empezó a decir ella.

No pudo seguir, porque se le estaba haciendo un nudo en la garganta. Él la miró con dulzura y le acarició una mejilla.

—No le des más vueltas, Águeda. No es tan grave.

—Sí. Sí lo es.— contestó ella, con lágrimas en los ojos —Estos días han sido muy importantes para mí. No es sólo el nuevo mundo que hemos descubierto... Soy yo... Eres tú... Antes de que ocurriese todo esto, yo no te conocía, y pensaba muy mal de ti. Por eso fui tan antipática contigo. Sin embargo, he descubierto que eres el chico más valiente y más noble que he conocido nunca y yo...— se quedó callada unos segundos y continuó —no quiero olvidarme de ti.

El joven la miró emocionado, con los ojos brillantes y le contestó:

—Águeda, voy a decirte algo: Es cierto que cuando me habló Julián, no me gustó la idea de acompañaros en la excursión. No por nada personal, ya te dije la razón. Sin embargo, cuando te vi la primera vez, sentí que se me desbocaba el corazón y supe que tú ibas a ser alguien importante en mi vida. A lo largo de esta aventura, también ha crecido ese sentimiento por ti, y ahora puedo decirte que te quiero.

Ella sonrió con las lágrimas cayéndole por las mejillas.

—Yo también te quiero.— contestó —Por eso, me duele mucho que volvamos a nuestra vida anterior, sin ningún recuerdo de ésta.

—Pero yo sentía esto por ti, antes. Y sé que voy a seguir queriéndote después.— dijo el joven muy convencido.

—No sé. —dijo Águeda— Tal vez te guste un poco, pero yo voy a volver con mi familia y no nos veremos más. Además, con los prejuicios que yo tenía contra ti... No estoy segura de que me acuerde de que te quiero cuando volvamos.

El joven suspiró y se quedó pensativo.

—Escucha, no podemos pensar en eso. Si nos hemos enamorado ahora, lo más seguro es que volvamos a enamorarnos después. Al fin y al cabo, esto no tiene nada que ver con el pensamiento o la memoria. Se trata del corazón y de algo más profundo. Estoy convencido de que volveremos a sentir lo mismo que ahora sentimos.

—¿Lo crees de verdad?— le dijo ella con una media sonrisa.

—¡Claro que sí!— respondió él —Pero mientras tanto, ¡anda, dame un beso!

Y se acercó a ella para besarla, pero en ese momento, se escuchó un ruido en la

pared y se abrió el pasadizo. Los niños gritaron de alegría y los jóvenes se quedaron sorprendidos.

—¡Vamos, rápido!— gritó Valentina —¡A ver si se va a cerrar otra vez!

Los jóvenes se levantaron y se miraron, con nostalgia.

—¡Vamos!— insistió Miguel, empujándolos hacia el boquete.

—¡Está bien!— dijo Ricardo —¡Sí, será mejor no arriesgarse!

Y los cuatro atravesaron la entrada del pasadizo.

Capítulo 18

E hicieron bien en darse prisa, porque nada más pasar al otro lado, se volvió a escuchar el ruido y el pasadizo se cerró.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos?— dijo Miguel —¡Ahora estamos a oscuras otra vez!

—Buscad vuestras linternas y comprobad si ya funcionan.— propuso Ricardo.

Los demás obedecieron, pero las linternas seguían sin funcionar.

—Bien, tendremos que continuar así.— dijo el joven— Haremos como el otro día. Yo me pondré delante y nos daremos la mano. Pero vamos a hacer una cosa: llevad a mano las linternas encendidas. Puede que ahora no funcionen, pero quizás luego lo hagan. Vamos a probar.— contestó Ricardo.

Empezaron a caminar, y de repente sintieron una corriente de aire templado y las linternas dieron luz de nuevo.

—¡Ah!— exclamó Ricardo —¡Creo que lo hemos conseguido! ¿No estáis contentos?

Los niños le miraron un poco extrañados.

—¿Contentos de qué?— dijo Águeda con un tono irónico —¿De que te has empeñado en que nos salgamos ya, porque eres un miedica?

Él la miró extrañado, y sonrió algo cohibido:

—¿Qué dices, Águeda? ¿Por qué dices eso?

—¡Pues está muy claro!— exclamó ella, fastidiada— ¡Podríamos haber seguido un poco más, pero tú eres un aguafiestas! ¡No he visto nunca un chico más miedoso y más cortante que tú!

Los niños callaban, mientras miraban.

Entonces Ricardo la miró con tristeza y le contestó:

—Lo siento. No era mi intención aguarle la fiesta como tú dices, pero no sabes qué peligros ocultos tiene esta cueva. Créeme, es mejor que nos salgamos ya.

La joven lo miró y volvió a desarmarse, igual que la primera vez, cuando estaban en el río y él se disculpó con ella.

Lo que había ocurrido era lo que ya les habían anunciado: todos los recuerdos de aquella aventura se habían borrado de su memoria.

Continuaron andando varios minutos más, y poco después empezaron a ver la luz del día. Siguieron con mucha tranquilidad y finalmente salieron a la explanada de la Cueva de la Paloma.

Luego empezaron a descender la montaña. Los niños iban hablando sin parar,

mientras que los jóvenes marchaban en silencio.

Al llegar al lugar donde se habían estado bañando, vieron a Julián y a Nora sentados.

—¡Ah! ¡Ya estáis aquí!— dijo Nora —¡Menos mal! ¡Ya estábamos pensando en subir hasta la cueva para llamaros! Se ha hecho un poco tarde para comer. ¡Venga, vámonos!

Los niños y Águeda empezaron a hacer el camino de vuelta, pero Ricardo que estaba paralizado les dijo:

—¿Pero qué pasa aquí? ¿No nos habéis estado buscando?

—Bueno, estábamos a punto de ir a buscaros.— respondió Julián —Ya te lo ha dicho Nora. Pero tampoco estamos tan retrasados. ¡Qué! ¿Les ha gustado la cueva?

Ricardo lo miraba asombrado.

—Julián,— dijo Ricardo pensativo — ¿qué día es hoy?

—¿Hoy? ¿Ya no sabes el día en el que vives?— contestó su amigo riéndose — ¡Tanto estudio!... ¡Hoy es sábado! ¡No te preocupes, para el día del examen todavía te quedan mañana y pasado!

El joven parecía desorientado y se quedó callado, muy reflexivo.

—Bueno, Águeda, Valentina,— dijo Julián —¿os ha gustado la cueva?

—Sí.— respondió Valentina.

—Podríamos haber visto algo más, si no hubiera sido por tu amigo, que parece que le da miedo la oscuridad. — contestó Águeda.

Julián se rio, mirando a Ricardo. Pero éste no se picó por lo que dijo la muchacha. Más bien se veía serio y reflexivo.

Capítulo 19

Cuando llegaron a la casa de Julián, sus padres los esperaban tranquilamente charlando en el patio.

Enseguida comieron, e invitaron a Ricardo. Los niños contaron lo bien que se lo habían pasado en la excursión, bañándose y viendo un poco de la Cueva de la Paloma.

—¿Pero habéis encontrado el tesoro?— les preguntó riéndose el padre de Julián y Miguel.

—No. Allí no hay ningún tesoro. ¡Eso son cuentos de niños!— dijo Valentina.

Ricardo escuchaba silencioso y miraba de vez en cuando a Águeda. Ésta se dio cuenta y decidió ignorarlo.

Luego, la madre de Julián le preguntó al joven:

—Ricardo, ¿cómo llevas ese curso? Tengo entendido que ya mismo haces el examen, ¿no?

—Sí, así es. El próximo martes.

—Ricardo también se dedica a las plantas.— explicó el padre de Julián a sus invitados.

—¿Es cierto eso?— dijo el padre de Nora —¿Y qué es lo que haces exactamente?

—Estoy estudiando medicina natural. — contestó él —He aprendido entre otras cosas, las virtudes medicinales de las plantas. Aunque últimamente he conocido una

nueva visión de esto, pues parece ser que no son las plantas en sí las que tienen el poder curativo, sino el... digamos el alma de la planta.

—¡Ah, vaya!— exclamó el padre de Nora —¡Así que tú también crees en esas cosas! ¿Qué dices a eso, Águeda?

La joven miró a Ricardo con curiosidad, pero no dijo nada.

—A mi hija le gusta hablar con las plantas porque cree que tienen alma.— explicó el padre —Y parece que se lleva bien con ellas. Tengo que reconocer que en el vivero, siempre las plantas que cuida ella son las que están mejor. Yo no creo en nada de esas cosas, pero si da resultado, no puedo poner objeciones.

—Pues sepa que ella lleva razón.— contestó el joven —Las plantas tienen una conciencia y pueden sentir, y además tienen una inteligencia que se nos escapa. Hay muchos documentales que hablan de los misterios de las plantas. Algunas gentes llaman a esa conciencia, elementales. Y le puedo asegurar, que es cierto que tienen poderes curativos, pero también otras virtudes.

Águeda lo escuchó atentamente, pero siguió comiendo en silencio.

—Desde luego se te ve muy convencido.— comentó el padre de ella —Pero entonces ¿qué me dices de todos esos productos de pastillas y extractos de plantas que venden en las herboristerías?

—Bueno, indudablemente, eso puede ayudar mucho en la curación, pero cuando uno se toma la planta directamente, sea cruda, en infusión o como sea, si se pone en contacto con el elemental, es decir, si la persona hace lo que Águeda hace de manera natural: hablarle y en este caso pedirle que le cure tal órgano, la curación será más rápida. No obstante, también hay otro aspecto en la medicina natural y es que en realidad, el cuerpo tiene la capacidad de autocuración, aunque muchas veces se le puede ayudar con terapias, a ser posible naturales, para que la recuperación o la curación sea más rápida y efectiva.

—Bueno, me has convencido. — dijo el padre de Julián —Espero no enfermarme, pero si me hace falta, que sepas que cuento contigo.

—¡Por supuesto que sí!— contestó el joven, sonriendo.

Los demás se rieron también y Águeda lo miró pensando: “¡Al menos parece que tiene buenas ideas!”. Pero entonces Ricardo también la miró y ella volvió a fijarse en su plato.

Sin embargo, mientras los demás hablaban de otros temas, la muchacha no pudo evitar volver a dirigir sus ojos hacia el joven después de unos segundos, y lo vio cabizbajo, como distraído. Ella siguió observándolo, y se dio cuenta de que suspiraba con cierto aire de melancolía. Entonces Ricardo la miró de nuevo y la muchacha se mantuvo unos segundos con sus ojos puestos en él, y de repente le vino una imagen del joven cogiéndola de la mano y echándose a volar. Águeda se quedó sorprendida por lo que ella creía que era una fantasía. Y viendo que él la observaba con atención, se sintió cohibida y volvió a retirar sus ojos del joven.

Pero después de eso, tuvo que controlarse varias veces para no volver a mirarlo. Entonces empezó a darse cuenta de que Ricardo no le era completamente indiferente, aunque no comprendía bien qué era lo que estaba ocurriendo en su interior.

Capítulo 20

Después de comer, los mayores dijeron de ir todos a la “Fuente de Cela”, tras reposar un poco. Ricardo dijo que se tenía que marchar, pues aún tenía que estudiar. Los niños se fueron al patio a jugar, y Nora y Julián se quedaron charlando en el salón.

Águeda se metió en el dormitorio y se tumbó en la cama. Lo primero que le vino a la cabeza fue Ricardo. “¡Buf! ¿Qué hago yo pensando en ese chico?”, se dijo. Y se dio media vuelta. Entonces le vino otra imagen: El joven la abrazaba. La muchacha sintió que el corazón se le aceleraba. “Pero, ¿qué me está pasando? ¿Por qué tengo estas fantasías?”, pensó.

Entonces se incorporó y decidió leer un rato. Cogió su mochila y buscó en ella. Vio que su toalla estaba seca pero había sido usada y eso le extrañó. “¡Qué raro! ¡Si no me he bañado y no he utilizado la toalla!”, se dijo. La sacó y la dobló bien y la puso encima de una silla. Luego volvió a coger la mochila para buscar el libro y encontró la bolsa donde había guardado las moras. “¡Ah!, ¡aquí están las moras que recogí esta mañana!”, pensó. Pero cuando la sacó, vio que parecía vacía. “¿Qué ha pasado aquí? ¡Seguro que ha sido Valentina! ¡Qué cara tiene! ¡Se las ha comido ella!”, dijo en voz alta y enfadada.

Pero al mirar bien en la bolsa, se dio cuenta de que aún quedaba una mora. La joven la cogió y se la comió. “¡Umm! ¡Ésta está más buena que las que me comí esta mañana!”

Entonces, en ese momento le vino a su memoria muy claramente todo lo ocurrido durante los últimos días en la cueva y en el mundo Jinas.

La muchacha, muy conmovida, tuvo que sentarse en la cama. “¡Oh, Dios mío! ¡Lo había olvidado todo! ¡Ya me acuerdo!... ¡Me acuerdo perfectamente!”, se dijo. “Era cierto que se nos borraron los recuerdos. Pero, ¿entonces? ¿Por qué me acuerdo ahora?” La joven miró sus manos, manchadas por la mora y comprendió. “¡Ah! ¡Ha debido de ser la mora! ¡Esta mora no era del zarzal de la Cerrá, puesto que aquéllas se las di a las serpientes! ¡Ésta era de aquel mundo!... ¡Seguramente cuando Valentina y Miguel cogieron los puñados para dárselos a las serpientes, no se dieron cuenta de que se quedó una, y ésta ha debido de ejercer su poder en mí y por eso ahora recuerdo todo!”

La muchacha se tumbó en la cama, de nuevo. “Lo que yo creí que eran fantasías, en realidad eran recuerdos. ¡De Ricardo! ¡Oh!, ¡y lo mal que lo he vuelto a tratar! ¡Pobre! ¡Qué dura he sido con él!”.

Se volvió a dar la vuelta y siguió pensando: “Pero ahora él tampoco se acordará de nada. Y encima ya no me quedan más moras... Además ya se ha ido, porque tenía que estudiar... Quizás ya no va a volver y no lo veré nunca más”.

La muchacha no pudo soportarlo y se puso a llorar. Así, y sin darse cuenta se fue quedando dormida.

Al cabo del rato, la llamó su madre, pues ya se iban. Ella, recordando todo, se levantó muy deprimida, cogió la toalla y la guardó en la mochila y se fue con los demás, que la esperaban.

Al ver a Julián, sintió un impulso y le dijo:

—Julián, ¿no va a venir Ricardo con nosotros?

—No. No quiero molestarlo. Tiene que estudiar... Aunque la verdad es que no le

vendría mal, porque lleva ya demasiados días sin levantar la cabeza de esos libros. Y creo que le ha sentado bien el paseo de esta mañana.

—Dile que venga, por favor.— le dijo ella con un tono de súplica.

El joven la miró extrañado.

—Creí que no te caía bien.— dijo él

—¡Sí! ¡Claro que sí me cae bien! ¡Me cae muy bien!— contesto Águeda.

Julián sonrió y le dijo:

—Está bien. Voy a llamarlo al móvil, pero no te aseguro que pueda.

—Vale.— respondió Águeda.

El joven lo llamó y se alejó un poco de ella para hablar. Águeda lo miraba y vio que él le decía algo a su amigo, y luego miraba a la muchacha y seguía hablando con Ricardo. Después colgó y se acercó a ella.

—Me ha dicho que irá allí directamente.

Águeda suspiró aliviada, pensando que al menos tenía la posibilidad de verlo otra vez y quizás de hablarle.

Capítulo 21

Cuando llegaron a la Fuente de Cela, los padres se sentaron en la terraza de un bar, para tomarse algún refresco y la pareja de novios y los niños se metieron directamente en la balsa de Cela: una piscina natural de aguas termales. Águeda, estaba demasiado nerviosa y se quedó dando vueltas por allí. Al cabo de un rato, viendo que él no venía, se sentó con los mayores.

Poco después llegó un coche. Ricardo se bajó de él. Águeda sintió que el corazón se le iba a salir del pecho y se levantó y se fue hacia el joven.

Éste, al verla acercarse, le sonrió. Y ella le sonrió también, mirándolo con mucha dulzura.

—Hola Ricardo.— le saludó ella.

—Hola Águeda.— contestó él.

La muchacha se puso frente al joven y le dijo:

—Escucha, te pido perdón por mi comportamiento contigo, esta mañana. He sido una tonta. Quiero que sepas que no creo que seas un miedica, sino todo lo contrario. Sé que eres muy valiente, y que en la cueva llevabas razón tú. Además los niños y yo pudimos salir sanos y salvos, gracias a ti, porque tú nos diste fuerzas y confianza. Sin embargo, yo fui muy imprudente y tú...

Él no la dejó terminar, porque se acercó a ella y la abrazó.

Y la muchacha se abrazó también fuertemente al joven, diciéndole:

—Te quiero, Ricardo. Tienes que saberlo.

—Lo sé, Águeda. ¿No te acuerdas que me lo dijiste esta mañana?

Ella se separó de él y lo miró:

—Entonces, ¿tú también te acuerdas de todo?— le preguntó.

—Sí. Yo no he perdido el recuerdo en ningún momento.

—¡Oh!— exclamó la joven sorprendida —Yo sí. Pero me empezaron a venir algunas imágenes, aunque yo no entendía qué significaban. Pero cuando me fui al

dormitorio y miré en mi mochila, encontré una mora de las que cogimos esta mañana en el mundo Jinas, que debió de quedárseles a los niños cuando las cogieron para dárselas a las serpientes. Y al comérmela, me vino todo a la memoria. Creí que tú no te acordarías y pensando que a lo mejor ya no te vería más, estuve un rato llorando.

El la abrazó, enternecido por las explicaciones de la joven.

—Pero cuando íbamos a venir,— prosiguió ella —le pedí a Julián que te llamase, pues tenía que verte otra vez para intentar hablar contigo.

—Bueno, ahora que los dos recordamos todo y que sabemos que nos queremos, las cosas no van a ser como antes.— dijo él —Sé que tienes que irte mañana, pero vamos a seguir viéndonos. El martes haré el examen y espero aprobar y no sólo eso, espero tener una buena calificación. Luego, me iré a tu ciudad y veré qué posibilidades de trabajo tengo allí. Así podremos vernos todos los días. Quiero estar contigo y aprender más cosas contigo. Y quiero compartir mi vida contigo.

—Sí. Yo también quiero compartir la mía contigo.

Y los dos se abrazaron muy dichosos.

Capítulo final

Ricardo sacó el examen con una nota inmejorable. Luego se fue a la ciudad natal de Águeda y allí encontró trabajo en varias herboristerías.

Águeda siguió trabajando con su padre, y cuando Ricardo se instaló allí, estuvieron unos meses conociéndose mejor y compartiendo muchas experiencias.

Nora y Julián se casaron y se quedaron a vivir en Tíjola.

Un par de meses después, Águeda y Ricardo también se casaron, y de vez en cuando iban por Tíjola y visitaban la Cueva de la Paloma, aunque no volvieron a entrar en la cuarta dimensión.

Sin embargo, aún tenían aventuras que pasar.

Un día, Ricardo, después de terminar la consulta, se fue a buscar a su esposa al vivero. Preguntó por ella a otro trabajador y le indicó dónde se encontraba. Así que el joven se dirigió muy contento hacia el lugar señalado.

Al entrar en el recinto en el que se encontraba Águeda, vio en un extremo que ella estaba hablando con alguien en voz muy baja. Él se imaginó que estaba hablando con las plantas, como siempre. Mas, cuál no fue su sorpresa al acercarse a ella, cuando vio que en realidad estaba charlando con dos gnomos. Éstos lo vieron, y se lo quedaron mirando fijamente unos segundos y después, uno de ellos le preguntó:

—¿Quién eres y qué buscas?

Ricardo se quedó asombrado, mientras que Águeda lo miraba riéndose.

—Yo... soy... el marido de Águeda y la busco a ella.— contestó —Pero... vosotros, ¿cómo habéis llegado hasta aquí?

—Para nosotros es muy fácil. Nosotros la hemos visto muchas veces y hoy hemos querido visitarla por ser tan amable con nuestras compañeras, las plantas.— contestó el segundo gnomo.

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Es maravilloso! ¿Verdad, mi amor?— dijo él, cogiendo a su esposa por la cintura.

Ella asintió sonriente.

—Si quieres llevártela, tendrás que darnos algo de comer.— le advirtió el segundo gnomo.

—¿Cómo?— dijo Ricardo asombrado —¿Qué puedo daros de comer?

—Las moras que nos disteis en la cueva, nos gustaron.— le recordó el primer gnomo.

—¿Las moras que os dimos en la cueva?— repitió el joven, sin comprender aún.

Águeda se rio.

Entonces los gnomos tomaron la forma de dos serpientes gigantescas y Ricardo por fin entendió: aquéllos eran los guardianes del tesoro de la Cueva de la Paloma.

Él y la joven les dieron unas fresas del vivero. Las serpientes las tomaron de un bocado y luego desaparecieron, dejando a los esposos maravillados.

Pero ésa, sólo fue la primera de muchísimas ocasiones más, en que pudieron ver y conversar con gnomos, silfos, nereidas y ondinas e incluso salamandras del fuego.

FIN

Más obras de la autora en: <http://www.elenasantiago.info>

Para quienes quieran profundizar:

http://www.elenasantiago.info/para_profundizar.elena_santiago.htm



Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada (by—nc—nd):

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

<http://creativecommons.org/licenses/by—nc—nd/3.0/deed.es>